

III domingo de Cuaresma

- **Éx 17, 3-7.** Danos agua que beber (Éx 17, 2).
- **Sal 94. R.** Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor: «No endurezcáis vuestro corazón».
- **Rom 5, 1-2. 5-8.** El amor ha sido derramado en nosotros por el Espíritu que se nos ha dado.
- **Jn 4, 5-42.** Un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna.

1. ¿Qué dice la Palabra?

Este conocido pasaje del diálogo entre Jesús y la samaritana es de una gran riqueza. La Iglesia nos propone en esta Cuaresma tomarlo para prepararnos sinceramente de forma integral para celebrar la Pascua, donde renovaremos nuestro bautismo y acompañaremos a aquellos que celebran su iniciación cristiana. Por ello los domingos 3º a 5º de cuaresma en este ciclo A recogen la simbología bautismal: agua, luz y vida nueva.

Una mujer de un pueblo que por haber permitido que en sus lugares se levantaran altares a dioses extranjeros eran despreciados por los judíos, se acerca a Jesús. Los samaritanos y los judíos no se hablaban, de hecho la mujer se lo reprocha a Jesús. Jesús rompe con esas barreras culturales, sin importarle la raza, la religión, o el estado como está. Le importa cada uno y su salvación. Le busca conversación, le pide que le dé de beber. Cosa que sorprende a esta mujer, porque no debería hablar con ella un judío. Pero Jesús dice la frase central y fundamental: ¡Si conocieras el don de Dios! Él se va presentando ante la mujer. Y le explica que tiene un agua nueva, un agua viva que llega hasta la vida eterna. La mujer obviamente ve que él no tiene cómo sacar agua. Pero va abriendo su corazón al diálogo. Y ahora ella le pide que le dé de esa agua.

Jesús, le dice que llame a su marido y como ella responde que no tiene marido, Jesús le cuenta su historia personal: «cinco maridos has tenido y ahora el que tienes, no es tu marido». Es algo muy fuerte para ella, por eso desvía la atención inmediatamente, para no quedar más al descubierto. Y le pregunta sobre el lugar donde hay que adorar a Dios —¿será en Jerusalén o será allí en el monte Garizín?—. La habilidad de la mujer para desviar la conversación, da a Jesús una nueva respuesta importante: «...los que dan culto auténtico adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Porque esos son los adoradores que busca el Padre. Dios es Espíritu y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y verdad».

Es aquí donde Jesús le dice con claridad que Él es el Mesías. Y llegando los apóstoles, ella fue al pueblo a contar lo ocurrido: éste que le ha dicho toda su vida ¿no será el Mesías? Jesús se vale de una mujer forastera para que vaya a anunciar que Jesús es el Señor, el Mesías esperado. La mujer se transforma de incrédula, en creyente dudosa, en creyente ferviente y luego en misionera.

Los apóstoles ruega a Jesús que coma, pero Jesús dice otra cosa fundamental: «mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y concluir su obra». Al finalizar el texto, los del pueblo vienen, se encuentran con Jesús y creen en él. No son judíos, son samaritanos, pueblo que estaba peleado con los “oficialmente salvados israelitas”. Ahora creen porque han visto y escuchado a Jesús. Pero se necesitó el servicio invaluable de esta mujer samaritana.

2. ¿Qué nos dice Dios en la Palabra?

- ¿Reconozco que Jesús es quien toma la iniciativa de acercarse a mi vida?
- ¿Soy consciente que en muchas ocasiones mi vida es como beber un agua que me vuelve a dar sed y estoy lejos del agua viva?
- ¿Me acerco a Jesús para pedirle que me dé el agua viva, es decir su vida, su cercanía?
- ¿Qué implica en mi vida que el verdadero adorador lo hace en Espíritu y en Verdad?
- ¿Mi encuentro con Jesús me lleva, como a la Samaritana a anunciarlo a todos?
- ¿Cuál es la voluntad del Padre que también puede transformarse en mi alimento?

3. ¿Qué le decimos a Dios?

Gracias Señor por tu Palabra Salvadora. Gracias porque cuando no te conocíamos Tú viniste a nuestra vida. Gracias por ofrecernos un agua viva. Te pedimos perdón por todas las veces que queremos saciar nuestra vida con un agua que nos vuelve a dar sed y nos olvidamos que sólo Tú puedes saciar nuestra vida completa. Ayúdanos Señor, te necesitamos. Queremos estar contigo. Muchas veces tenemos miedo que al acercarnos a Ti, tú nos recuerdes nuestros pecados, muchos de ellos son reincidentes y no queremos cambiarlos. Perdón Señor por esto. Me doy cuenta que Tú quieres darme vida en abundancia, que me enseñas que para orar y estar cerca de ti no es necesario tantos gestos externos, sino serlo en espíritu y en verdad. Enséñame cómo ser auténtico y mostrar con mi vida que en Ti creo Señor. Dame la gracia de cumplir con la voluntad del Padre, de buscar primero hacer esta voluntad, para dedicarme luego a las cosas de este mundo. Que también tenga la fuerza para ir a llevar tu Buena Noticia a mis hermanos, que no esconda la amistad que tú me das, sino que la comparta, que entusiasme con tu vida, para que también los demás puedan decir: ahora creemos porque hemos vivido con el Señor. Amén

4. La voz del Papa

Ángelus 15/3/2020

Queridos hermanos y hermanas: ¡buenos días!

El pasaje evangélico de este domingo, el tercero de la Cuaresma, presenta el encuentro de Jesús con una mujer samaritana (cf. Juan 4, 5-42). Está en camino con sus discípulos y se detienen ante un pozo en Samaria. Los samaritanos eran considerados herejes por los judíos y eran muy despreciados y tratados como ciudadanos de segunda clase. Jesús está cansado,

sediento. Una mujer viene a buscar agua y Él le pide: «Dame de beber» (v. 7). De este modo, rompiendo toda barrera, comienza un diálogo en el que revela a aquella mujer el misterio del agua viva, esto es, del Espíritu Santo, don de Dios. En efecto, a la reacción de sorpresa de la mujer Jesús responde: «Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: “Dame de beber”, tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva» (v. 10).

En el centro de este diálogo está el agua. Por un lado, el agua como elemento esencial para la vida, que sacia la sed del cuerpo y sostiene la vida. Por el otro, el agua como símbolo de la gracia divina, que da la vida eterna. En la tradición bíblica Dios es la fuente de agua viva –como se dice en los Salmos, en los profetas–: alejarse de Dios, la fuente de agua viva, y de su Ley, conduce a la peor sequía. Esta es la experiencia del pueblo de Israel en el desierto. En el largo camino hacia la libertad, ellos, ardiendo de sed, protestan contra Moisés y Dios porque no hay agua. Entonces, por voluntad de Dios, Moisés hace brotar agua de una roca, como signo de la providencia de Dios que acompaña a su pueblo y le da vida (cf. Éxodo 17, 1-7).

Y el apóstol Pablo interpreta esa roca como un símbolo de Cristo. Dice: “Y la roca es Cristo” (cf. 1 Corintios, 10,4). Es la misteriosa figura de su presencia en medio del pueblo de Dios que camina. Porque Cristo es el Templo del que, según la visión de los profetas, brota el Espíritu Santo, es decir, el agua viva que purifica y da vida. Aquellos que tienen sed de salvación pueden saciarla gratuitamente en Jesús, y el Espíritu Santo se convertirá en él o ella en una fuente de vida plena y eterna. La promesa de agua viva que Jesús hizo a la mujer samaritana se hizo realidad en su Pascua: “sangre y agua” brotaron de su costado atravesado (Juan 19, 34). Cristo, Cordero inmolado y resucitado, es la fuente de la que mana el Espíritu Santo, que perdona los pecados y regenera la nueva vida.

Este don es también la fuente del testimonio. Como la samaritana, quien encuentra a Jesús vivo siente la necesidad de decírselo a los demás, para que todos lleguen a confesar que Jesús «es verdaderamente el salvador del mundo» (Juan 4, 42), como dijeron más tarde los paisanos de esa mujer. También nosotros, engendrados a una nueva vida a través del Bautismo, estamos llamados a dar testimonio de la vida y la esperanza que hay en nosotros. Si nuestra búsqueda y nuestra sed encuentran en Cristo la satisfacción plena, manifestaremos que la salvación no está en las “cosas” de este mundo, que al final llevan a la sequía, sino en Aquél que nos ha amado y nos ama siempre: Jesús nuestro Salvador, en el agua viva que Él nos ofrece.

Que María Santísima nos ayude a cultivar el deseo de Cristo, la fuente de agua viva, la única que puede saciar la sed de vida y de amor que llevamos en nuestros corazones.